

Los Testigos: La Lanza Sagrada

Linda Perez



Capítulo 1

SINOPSIS

¿Puede el bien triunfar sobre el mal? ¿Es posible alcanzar la paz? Y si lo es, ¿cuántos sacrificios son necesarios? Estas son las cuestiones que vertebran la saga «Los Testigos», la cual se organiza en un conjunto de novelas, capítulos que conforman el libro de las Revelaciones de Moiras.

Son muchas las memorias que han sido enterradas durante la historia del universo en su totalidad, incluyendo la de las almas originales, también llamadas Deidades o Demonios, la de la humanidad y la de las otras razas habitantes de otros mundos.

Este capítulo en particular cuenta el principio del fin, siendo Alexander Smith y Sam Jennings los principales personajes de este anal.

Alexander aceptará un trabajo que cambiará para siempre su vida y la de su mejor amigo Diego, siendo un tiquete directo a un mundo intraterrestre lleno de magia y peligros, habitado por criaturas salidas de un libro de fantasía y de prehistoria. Agartha. Ellos, junto un grupo de valientes seres, arriesgarán sus vidas con el fin de hacer justicia en nombre de una raza prometee que por el último siglo se ha estado escondiendo en la superficie terrestre, habiendo sido condenada al exterminio en su tierra natal por la Honorable Trinidad: Zeus, Hades y Ares. Más no se imaginan que terminarán involucrados en algo aún más oscuro, en un posible apocalipsis.

Sam, un joven de veinte años, se considera un hombre sensato, jamás habiendo creído realmente en lo paranormal, incluso cuando su padre trabaja para una agencia ultra secreta que se dedica a ello, respaldada por el mismísimo Vaticano y la CIA. Sin embargo, cuando empieza a ver cosas que nadie más puede —terroríficas y no tanto— y a tener el mismo sueño todas las noches, empieza a preguntarse si quizás sí hay algo más en esta realidad que la ciencia no puede explicar. Y pronto se enterará de cuán acertado es ese pensamiento. Pues él es, en realidad, el mismísimo maestro de lo sobrenatural, la re-encarnación del Maestro de Demonios. La variante que puede poner fin de una vez por todas al conflicto entre las almas originales que amenaza la Creación.

Capítulo 2

EL ORIGEN

I

—¿QUIÉN ERES? —Sam preguntó cuándo el hombre, quien se veía idéntico a él y que estaba sentado en las escaleras de la entrada de lo que parecía ser un gigantesco templo antiguo, bajó la mirada, evitando encontrarse con sus ojos.

—Has estado en mis sueños durante... semanas ya. —Sam notó como se sobresaltaba al escucharle, más no dio muestras de que fuera a responder, su mirada aun clavada en el suelo, sus labios sellados. Acucillándose y colocando suavemente su índice bajo su mentón, le persuadió a levantar la cabeza, pidiéndole sin necesidad de palabras que le mirara, que le hablara—. *¿Quién eres?*

Segundos después, ojos idénticos a los suyos finalmente le devolvieron la mirada, bañados en remordimiento y vergüenza. —No son sueños si he estado ahí, S —declaró con pesadez, agarrando su mano y alejándola de su rostro, sosteniéndola por un par de latidos antes de soltarle—. Son *pesadillas*.

Y sí, lo eran, en parte...

Había estado soñando lo mismo las últimas semanas. Iniciaba con él mirando la mano con terroríficas garras negras atravesándole el pecho, seguido por un agonizante dolor, tan lacerante que literalmente le cortaba la respiración. Pero era *pena* lo que sentía cuando miraba aquel rostro idéntico al suyo debido al absoluto terror en este. *Agonía*, porque juzgando por su expresión había sido un accidente. Y si eso no fuera suficiente para convencerle, lo que sucedía inmediatamente después cuando las rodillas de Sam cedieron, el atraparle y dejarle descansar en su regazo, sus lágrimas mientras luchaba por detener la sangre que salía de aquella herida mortal que le había infringido, sus gritos pidiendo ayuda, sus suplicas de que no le abandonara... Bueno, eso lo convencía.

Mientras sentía como moría, saboreando la sangre en su garganta, sintiendo como se iba debilitando, utilizaba sus últimas fuerzas, su último aliento para consolarle, diciéndole que estaba bien, que lo amaba, que por favor, *por favor*, no llorara.

—S —repitió Sam, el apodo resultándole de alguna manera familiar, como si fuese llamado así todo el tiempo, que no era el caso... O bueno, que

pudiera recordar.

El hombre hizo un gesto hacia el espacio a su lado. —Siéntate. Esa posición no debe ser cómoda para tus rodillas.

—Esto es un sueño. Estoy seguro que articulaciones no existen aquí —argumentó Sam, aunque si era sincero si estaba sintiendo una ligera punzada en su rodilla izquierda—. Y quiero mirarte.

—¿Esto se siente como un sueño para ti? —Se hizo nuevamente con su mano y le guio hasta que estuvo sentado, girándose del todo hacia él, sus ojos clavados en los suyos—. Ahí. Así estás cómodo y puedes verme. Y yo a ti. —Le estudió con tal intensidad, recorriendo todo su rostro, desde sus ojos hasta sus labios, pero extrañamente Sam no se sintió incomodo en lo absoluto. Solo se sentía intrigado por el hombre que parecía su reflejo—. Es tan raro verte luciendo así.

"¿Luciendo cómo?", se preguntó, disfrutando de la sensación de su mano en la suya. Su piel era cálida y se sentía tan real. "¿Es así cómo funcionan los sueños lúcidos?"

—Tengo tantas preguntas. Como, ¿quién eres? ¿Por qué lucimos iguales? ¿Por qué sigo soñando... —*"que me asesinas accidentalmente?"*, terminó en su mente, pero en voz alta dijo—: ... contigo?

—Lo siento tanto. Tus recuerdos... Es mi culpa. —Tristemente, su mirada regresó al suelo, y Sam en respuesta entrelazó sus dedos, tratando de consolarle—. Nunca quise lastimarte, no desde que nos volvimos cercanos, pero es lo único que hago. Joder. Me gustaría poder asegurarte que una vez... Que una vez todo acabe, vas a recordar, pero no puedo. Nada que encuentren tu anillo, y no sé cuánto tiempo... No sé si vaya a funcionar si no lo tienes. Aunque ahora que logré conectar nuestras mentes y sabiendo que has empezado a recordar... Esas pesadillas que tienes... Tengo esperanzas de que si lo haga. De que todo, al final, va a salir.

Había tantas palabras no dichas en esa respuesta, palabras que Sam podría jurar eran de gran importancia. Y las dichas no podía descifrarlas, no tenían sentido alguno para él. —No entiendo. ¿De qué anillo hablas? ¿Y a qué te refieres con "una vez todo acabe"? Suena como una despe...

—Lo siento —le interrumpió, su mirada ahora clavada en sus manos entrelazadas—. Sé que nada de esto tiene sentido para ti. Pero no quería... —Se detuvo, ahogando nuevamente sus palabras, manteniendo cualquier secreto que tuviera oculto—. Quería volver a verte. Egoísta de mi parte, lo sé, pero... quería tanto verte.

“Suenan como una despedida”, era lo que Sam había tratado de decir, y ahora estaba convencido de que lo *era*. —No sé si es egoísta. Estoy feliz que estés aquí conmigo. —Y lo decía con sinceridad. Aunque todo era un invento de su subconsciente, estaba dichoso de estar hablando con él en vez de estar teniendo el mismo sueño—. Solo... respóndeme, por favor. ¿*Quién eres?*

Su mirada volvió a la suya, su mano apretando la suya mientras respondía: —Dantalion. Mi nombre es Dantalion.

—Cuéntame una historia, Dantalion.

—¿Una historia?

—Un recuerdo. Cuéntame quién eres para mí. Cuéntame por qué tenemos el mismo rostro. Cuéntame nuestra historia. Cuéntame de este lugar dónde estamos. Háblame, regálame un recuerdo.

—¿De verdad? Por lo que Bas me ha contado de ti, no me vas a creer. Vas a juzgarme de loco, y nuestra historia de absurda.

—No, no —negó con fervor—. No juzgare. Solo escucharé. Quiero *escucharte*.

Dantalion asintió después de un momento de vacilación, habiendo llegado a una decisión. —Puedo hacer algo mejor que contarte. Puedo mostrarte —indicó, poniéndose de pie.

Sam excitadamente siguió su ejemplo, más recordando que su alarma estaba programada para despertarle temprano en la mañana, le advirtió: —No sé cuánto tiempo me queda...

—Yo tampoco —murmuró por lo bajo, pero Sam le escuchó.

—... antes de que me despierte —finalizó, y ahora preocupado, le preguntó—: ¿A qué te refieres con que tú tampoco?

—Sigues creyendo que estás soñando, pero estás equivocado. Tú y yo, *nosotros* somos reales. Estamos en tu mente sí, pero nada de esto ha sido creado por tu subconsciente.

—No cambies el tema. ¿Dónde estás? ¿A qué te refieres con que no sabes cuánto tiempo te queda?

Dantalion le dio nuevamente esa sonrisa rota que tenía la capacidad de afectarle con fuerza. —¿Pero qué importancia tiene si esto no es real para

ti, S?

—Tú... —La respuesta lógica era que no tenía importancia alguna. Más por alguna razón, Sam no podía dejar el tema—. Solo... respóndeme.

—Estoy en un lugar que alguna vez llamaste hogar, pero que para mí es peor que el Infierno. Un lugar al que no quiero que vuelvas, incluso si efectivamente recuperas tu memoria cuando yo...

—¿Cuándo tú qué? ¿Cuándo *mueras*? —Su voz sonó ligeramente inestable.

Dantalion acarició con su pulgar el borde de su mano, la tristeza leyéndose con tremenda claridad en sus ojos. —Es lo que es, S. Solo estoy feliz de estar aquí contigo. No sabes cuánto te extraña. Tenía la esperanza de verte en persona, pero bueno, *esto* es suficiente para mí.

—¿Qué te está pasando? —Pudo escuchar claramente el miedo en su voz—. ¿Dónde estás?

—Vamos. —Ignorando sus preguntas, inició a descender los escalones. Una corriente de viento empezó, desvaneciendo lentamente la escena como si estuviera hecha de polvo—. Quiero mostrarte nuestra historia.

Sam se negó a moverse, y Dantalion sintiendo su resistencia se volvió hacia él, la pregunta clara en sus ojos. —No iré hasta que me respondas. ¿Dónde estás?

Por alguna razón, eso hizo que se riera, sorprendiéndole pues esa no era la reacción que se esperaba. Sam entrecerró los ojos. —Sigues siendo el mismo incluso después de todo este tiempo.

—Tomaré eso como un cumplido. Sé que te refieres a cuán genial soy.

—¿Genial? —bromeó—. Terco querrás decir —declaró, sonriendo ampliamente.

Hechó la cabeza hacia atrás, mirando el cielo que se desvanecía, un suspiro dejando sus labios antes encontrarse con sus ojos. —Ya te dije que no quiero que vuelvas a este lugar.

—¿Qué lugar? ¿Y por qué?

—Tú mismo me lo confiaste. El constante miedo que sentías cuando estabas aquí, pues no querías ofender a quienes amabas con tus ideas y opiniones, ya que iban en contra de lo que los demás creían, un desafío

directo para Él, Jehová.

"Espera, ¿qué?" Su cerebro dejó de funcionar por un momento. *"¿Me estás jodiendo?"*

"¿Jehová?!", continuó, preguntándose si podía echarle la culpa al haber ayudado a su papá a revisar todos los documentos del último caso en el que estaba trabajando, pasajes de La Biblia junto textos y pergaminos de diferentes seres conectados al cristianismo.

—¿Dónde estás?

Tomó un momento antes que Dantalion respondiera: —Edén. Estoy en la cárcel del Edén, bajo custodia del Batallón Celestial.

Capítulo 3

Thunder Bay, Canadá.

—Mis sinceras disculpas por haberles llamado, pero no me quedó de otra —sentenció el director de la sede americana de la Hermandad Roja, la agencia internacional para la que Alexander y Diego trabajaban, la cual operaba en las sombras, brindando tanto servicios de seguridad privada como de sicariato—. Ayer en la tarde me contactó la directora de la sede suramericana, solicitando su equipo para una misión en Colombia. Y aunque le expliqué que actualmente no están activos, no accedió a que fuera enviado otro equipo, insistiendo que tenían ser ustedes. Este trabajo es de suma urgencia.

La noche pasada mientras observaban los X-Games, la competencia de Moto X donde participaba el deportista favorito de Diego, comiendo pizza y bebiendo cerveza, habían recibido un email citándolos a los cuarteles generales. Decir que quedaron desconcertados era poco, puesto que el mismo director les había *forzado* a tomarse un tiempo después de su última misión. Una licencia por luto. Porque...

Porque...

... habían perdido a John...

«*No pienses en ello*», se ordenó Alexander, deteniendo en seco ese tren de pensamiento, pues si se permitía ahondar en el tema caería en una espiral sin fondo de “¿qué si...?”, de remordimientos y que podría haber hecho para evitarlo.

Diego había dejado en claro su descontento con dicha situación, pero Alexander no pudo evitar sentirse más que afortunado, pues joder sino necesitaba algo en que centrarse antes de terminar haciendo algo realmente estúpido. Todas esas semanas dedicadas únicamente a ir a terapia, a “sanar”, a “aceptar lo que había pasado para poder continuar con su vida”, le habían dejado a un paso o de meterse un tiro en la cabeza o —su mirada se desvió brevemente a la sombra humanoide blanca apoyada contra una de las paredes— a un paso del jodido manicomio.

—¿Por qué nosotros? —inquirió Diego, desconcertado—. Y hacernos ir hasta Colombia en estos tiempos de pandemia es demasiado osado.

Tres años atrás un virus respiratorio —denominado WsHwa— había aparecido y esparcido globalmente en cuestión de meses, su tasa de mortalidad siendo casi del setenta por ciento. Durante el primer año del

brote el mundo había caído en completo caos, billones falleciendo, más la humanidad había demostrado nuevamente cuán tenaz era y la importancia de la tecnología cuando unos científicos de Chile, solo trece meses después, fabricaron la primera vacuna que empezó a salvar la vida de muchos de los contagiados.

Y pese a que el virus había mutado una docena de veces, las vacunas eran actualizadas no mucho después y gracias a ello el orden mundial se había empezado a restaurar. Actualmente casi todo había regresado a la normalidad. Sin embargo, el temor continuaba y muchos preferían no arriesgarse, por ejemplo, viajando a países pobres o subdesarrollados donde las medidas de protección para evitar que el virus se siguiera esparciendo en la comunidad eran deficientes.

—Porque están en el top diez de los mejores agentes de la agencia, a nivel mundial. Me imagino que por eso los eligió. Y también porque el resto están aún más lejos de Colombia que ustedes.

—¿Cuál es el trabajo en sí? —habló por primera vez Alexander—. ¿Seguridad privada o lo otro?

Cuando habían aplicado a la agencia, habían aceptado operar en ambos campos, debido a que derramar sangre de porquerías humanas no era algo que les molestara. Lo veían como si estuvieran haciéndole un favor al mundo.

—Seguridad privada. —Le pasó un folder negro—. Y estamos hablando de la familia VoJín. No sé si saben quiénes son.

—Me suenan —murmuró Diego, pensativo, mientras Alexander empezaba a ojear los documentos—. ¿Son los fundadores de un santuario para animales o algo así?

—Son los fundadores y dueños del Parque Nacional Amaru —informó el director—. Es una de las familias más reconocidas en toda Colombia, principalmente de la región amazónica. Y no solo son clientes VIP de la sede sudamericana, sino que son amigos cercanos de la directora. Es por ello que el pago ofrecido es dos veces mayor a cualquier cifra pasada. También recibirán cuatro semanas más de vacaciones pagadas y si para cuando regresen necesitan más tiempo, solo díganmelo y se los daré sin problema. ¿Entendido?

ALEXANDER no pudo dejar de pensar en John mientras se dirigía a la casa de Diego. Se había convertido en una herida en su alma que no sanaba y

que ante el más mínimo estímulo empeoraba, sangrando profusamente y *doliendo*.

Habían compartido un lazo profundo, no solo como amigos sino también como hermanos de sangre por el servicio. Se habían conocido cuando eran un par de adolescentes problemáticos, en una de las varias casas de acogida donde habían vivido, convirtiéndose en poco tiempo en uña y carne, *inseparables*, conectados por un vínculo tan *fuerte e intenso* que parecía irreal, proveniente desde lo más profundo de sus corazones y nacido por todas las experiencias compartidas, tanto buenas como malas. John le había llevado cinco años de diferencia y siempre le había visto como un hermano pequeño, considerando su responsabilidad el velar por su bienestar. Y maldición si esa creencia no había sido en gran parte la causa de que perdiera la vida.

Era consciente de ello, y era exactamente por eso que la pena y la culpa le carcomían, tanto en plena luz del día como en la oscuridad de la noche, impidiéndole descansar, incluso cuando estaba tomando el antidepresivo recetado por el psiquiatra que le había venido tratando.

La mayoría de los días resultaban siendo una jodida *pesadilla* de la cual no podía escapar ni siquiera al cerrar los ojos. Todo lo contrario, el infierno le esperaba expectante en el plano de la inconsciencia. Nada parecía ayudarle a aligerar el peso que llevaba en sus hombros y que cada día se hacía más pesado.

Lo que le sacó de esos pensamientos lúgubres fue el ver aquella sombra blanca a unos cuantos metros a su derecha y, posteriormente, el pitido de un coche. «Ah, mierda», pensó al darse cuenta que se había saltado un semáforo.

Una reacción rápida, un movimiento brusco del manubrio de la moto, le permitió esquivar el auto y, milagrosamente, no terminó besando el suelo. El chillido de ruedas sobre el pavimento cuando el conductor del coche frenó en seco, resonó a través de varias cuadras haciendo que los pocos transeúntes que habían, se detuvieran asustados, preguntándose si había pasado algo.

Aunque le pareciera inaceptable, aunque a veces sintiera que *no* podía respirar a través del nudo que cerraba su garganta, que estaba *cegado* por las lágrimas, sabía que tenía que aceptar que no podía cambiar el pasado. O era aceptar la injusticia de estar allí, viviendo, ocupando el puesto que debió haber sido de John, o *acabar* con todo, hacer lo que tantas veces se había imaginado en los últimos días y llevar la G19 a su boca y apretar el jodido gatillo.

Logró llegar sin otro contratiempo, parqueando frente a la hermosa vivienda victoriana de tres pisos. John solía acusar a Diego de ser

estrafalario, pues no solo le encantaba comprar construcciones grandes, a veces antiguas, sino que también estaba obsesionado con conseguir cualquier dispositivo tecnológico que estuviese disponible en el mercado, incluso cuando no sabía cómo usarlo.

Aprovechó el corto lapso de tiempo que tenía antes que su amigo le alcanzara para quitarse el casco y respirar profundamente, intentando retomar la compostura. No quería que le viese así, *perdido* en su cabeza, porque lo único que lograría era preocuparle. Y nada de lo que dijera o hiciera iba a ayudarlo, a *sanar* la herida en su alma. Nada podía.

La R18 roja se detuvo a su lado y Diego se quitó el casco con brusquedad, esos ojos verdes que brillaban con enojo buscando los suyos. —¿Qué chingada, Alex? ¡Casi haces que me dé un infarto! ¡Por centímetros y ese carro te habría atropellado!

—Lo siento. —Desmontó su moto y colgó el casco en el manubrio, evitando así su mirada, no sintiéndose con la energía para enfrentar su enfado—. Estaba pensando en la misión —mintió.

—Maldito pendejo —refunfuñó Diego en español entre otras cosas que Alexander no alcanzó a escuchar, dirigiéndose a la casa y deteniéndose momentáneamente en la entrada para quitarse las zapatillas.

Alexander se relamió los labios y cerró los ojos, dejando caer la cabeza contra su pecho. «*Respira, joder. Solo respira*», se dijo.

SE GASTARON toda la tarde familiarizándose con la misión. El jet de la agencia que les iba a transportar partía a las seis de la mañana, por lo que no perdieron tiempo en estudiar las personas a las que debían proteger y la zona

Diego había intentado convencerlo de quedarse a cenar, pero no solo Alexander necesitaba ir a alistar su equipaje, sino también que sabía que si lo hacía su amigo intentaría indagar de cómo estaban las cosas en su cabeza y no quería tener que continuar mintiéndole. Agradecía sinceramente tener a alguien que se preocupaba tanto por su bienestar, pero no había nada que pudiera hacer para ayudarlo, y se negaba a derramar toda su oscuridad en él pues era *injusto* ya que Diego también estaba sufriendo la pérdida de John.

Dejando su Sport Glide negra en el parqueadero privado, Alexander caminó las pocas cuerdas hacia su apartamento, el helaje de la noche no incomodándole en lo absoluto pues estaba *congelado* por dentro en

recuerdos, *sin* gota de alegría, cualquier calidez que alguna vez había existido en su corazón habiendo muerto, desangrándose al mismo tiempo que John lo había hecho.

Veinte minutos después, salió de la ducha, sus labios azulados y con los dientes castañeando. Lanzó bruscamente la toalla a la cama al ver que la sombra blanca la estaba ocupando, sintiendo cierta satisfacción al ver que la atravesaba. —*Maldito* fantasma. No tengo tiempo para lidiar contigo, ni hoy ni por muchos días más. Tengo cosas que hacer así que desaparece, regresa al jodido lugar de donde sea que hayas venido. No me atormentes. Ya tengo *suficiente* en mi mente sin incluirte, y no voy a permitir que me distraigas. No permitiré que otra distracción mía sea la causante de la muerte de *otro* —su voz se quebró, pero se obligó a continuar—: de mis pocos seres queridos.

Se restregó la cara con cansancio cuando desapareció, su mano temblando ligeramente. Su mirada cayó entonces en la foto sobre la mesa de noche que había sido tomada cuando los tres aún pertenecían al Escuadrón Rojo, hacía ya unos cinco años. Diego la había mandado a imprimir y a enmarcar cuando habían regresado a Culpeper, obsequiándosela. En la foto ambos estaban usando una ligera camisilla junto con sus pantalones y botas negras de combate, mientras que John estaba con el pecho desnudo, la mano con la que sostenía su camisilla descansaba en uno de los hombros de Alexander, la otra agarraba a Diego de la nuca, una amplia sonrisa en su rostro, su frente apoyada en el lateral de la cabeza de su amigo, como siempre importándole un comino el espacio personal. La expresión en el rostro de Diego era de fingido engorro, recordándole a un gato cansado de ser acariciado. Alexander, por su lado, les miraba con una sonrisa divertida.

Esa era la mejor foto que se habían sacado juntos. No solo se veían felices, sino que también se notaba el lazo que compartían, que les vinculaba como familia.

La estudió por un par de minutos que parecieron horas, la nostalgia llenándole. Tragando contra el nudo en su garganta, se obligó a apartar la mirada, acariciando inconscientemente su pecho como para aligerar el *asfixiante* dolor.

Junto a la foto había una botella de amaretto casi vacía y una pistola, la solución para finalizar su tormento. Dejándose caer de bruces contra la cama, pensó, «*No. Tampoco hoy es el día indicado*».